

La mesa eucarística

Luis Ovando Hernández, S.J.

El pasado 10 de enero del presente año, la Conferencia Episcopal Venezolana se dirigió a los miembros que componen la Mesa de Negociación y Acuerdos (MNA), para recordarles, entre otras cosas, cómo *están puestos los ojos y depositadas las esperanzas de todos los venezolanos* en los trabajos que adelantan, animándolos, además, a continuar por el difícil sendero de la negociación y el diálogo iniciado el 8 de noviembre de 2002, fecha de instalación de la Mesa, gracias a los buenos oficios del Dr. César Gaviria, secretario general de la OEA, del PNUD y del Centro Carter. Que la Mesa se haya instalado en un momento en que el ambiente parecía contradecir su nacimiento es un triunfo que podemos apuntarnos todos.

El día 18 de febrero, los representantes de la Mesa firmaron la 'Declaración contra la violencia, por la paz y la democracia', exhortando a las iglesias, instituciones religiosas y otros, a *promover acciones y emitir mensajes destinados a exaltar los valores democráticos y los principios de paz, tolerancia y convivencia, y a condenar la violencia*.

Recogemos, pues, ambas invitaciones a partir de una reflexión sobre la *otra* mesa, a saber, la de la Palabra y la del Pan y el Vino compartidos, como acción concreta que exprese los deseos de cambio de los

hombres y mujeres de buena voluntad, y que son la mayoría en Venezuela. Nos parece que el momento así lo exige. Dos razones: la primera, tiene que ver con las manifestaciones públicas que, cada vez con más frecuencia, 'terminan con una misita'; la segunda, está relacionada con posturas radicales asumidas también por los cristianos, y que repercuten en las asambleas que se reúnen en torno a la mesa del Señor. La *mesa* eucarística tiene algo que decir a ambas realidades.

Consideramos que la política es una dimensión fundamentalísima de nuestro ser individual y social, y por ello fijamos la mirada y nuestras esperanzas en la MNA, cada día más criticada y amenazada por sectores radicales que pareciera no desearan recorrer ese sendero. Pero la política no lo es todo; en tal sentido, los cristianos debemos recordar siempre *tener los ojos puestos primero en Dios* (Ignacio de Loyola), como origen y fin de nuestra esperanza. El discurso sobre la Eucaristía que queremos proponer pretende arrojar luces sobre la celebración del memorial de la Cena del Señor, teniendo como telón de fondo nuestra situación.

¿Qué es la mesa eucarística?

La pregunta no es retórica si tenemos en cuenta que la eucaristía, al guardar una estrecha relación con cada uno de los aspectos de nuestras vidas, podría degenerar en un culto insignificante si se realizara al margen de las exigencias de la realidad, o si se le usara como manipulación interesada. En ambas situaciones, la eucaristía perdería inmediatamente su sentido. Cuando hablamos de 'mesa eucarística' nos estamos refiriendo a la celebración central de los cristianos, que consiste en compartir juntos la mesa de la Palabra y de la comida de Dios, ofrecida en el cuerpo y la sangre de Jesús. La eucaristía nos estimula, nos da fuerzas e interpela nuestro estilo de vida.

Para la antropología, las normas de la mesa y de la comida están relacionadas con las condiciones que un grupo establece en relación con el mundo que lo rodea, reflejando un orden interno, unos valores y jerarquías presentes en dicho grupo: la mesa es, entonces, la primera forma de iniciar y mantener unas relaciones humanas vinculantes entre los miembros de dicho grupo. Simultáneamente, sentarse a comer en la mesa implica la aceptación de un orden simbólico y social existente, y a la vez lo fortalece y reproduce: el microcosmos de una comida es paralelo al macrocosmos de las relaciones sociales de todos los días (R. Aguirre, *La mesa compartida*).

Lo anterior puede aplicarse al discurso sobre la mesa eucarística, salvo por un detalle. Si nos fijamos en la práctica de Jesús respecto a la mesa y la comida, él introdujo cambios significativos en las reglas de mesa que repercutieron también en la estructura social de su tiempo, y que la comunidad cristiana asumió radicalmente. A partir de entonces, la mesa ofrece un entorno excelente para que afloren todas las cuestiones que repercuten en el grupo, y puedan ser abordadas desde Dios.

Este elemento 'revolucionario', íntimamente ligado al Jesús histórico, no está presente en medio de nosotros con todo su peso y consecuencias. La condición *sine qua non* de quien se sienta en una mesa—sea la eucarística, sea la MNA— es compartir. No está de más recordar que en el ámbito de la mesa también se tejen relaciones de solidaridad y se expresa la reciprocidad generalizada, la igualdad, el perdón y la reconciliación.

Es obvio que la inflexibilidad que mantienen nuestros grupos en pugna es un poderoso factor de unificación. Pero ello no debería diluir nuestra opción fundamental, nacida de la escucha de la Palabra de Dios y de la participación en la Cena del Señor.

La palabra es el principal instrumento de diálogo con que contamos

los seres humanos. A través de éste, buscamos comprendernos recíprocamente, buscamos la participación del mayor número de personas. El diálogo es un arma eficaz contra los distanciamientos, si se toma muy en serio la cuestión de la escucha activa, la apertura a otras posiciones diversas de las propias. El diálogo es también, en no pocas ocasiones, polémico y crítico, pero la reacción no puede ser el rechazo sino la comprensión.

Las homilias, en este sentido, serán de mucha ayuda para quienes se encuentren, a estas alturas del juego, discutiendo sobre cuestiones que no están alojadas en el corazón de la mayoría. La homilía debería cuestionar aquellos 'valores' tan apreciados por la asamblea y que no hacen sino aumentar las tensiones y confirman las propias posturas, y debería promover decididamente la reconciliación, la paz y la unión de ánimos.

La experiencia humana tan real y compartida de la comida se usa simbólicamente para expresar la experiencia del encuentro con Dios. A partir de este encuentro, cada eucaristía es, pues, expresión de hospitalidad, tanto dada como recibida (Eugene LaVerdiere, *Comer en el Reino de Dios*).

En la mesa eucarística cabemos todos

Dar y recibir hospitalidad es un valor tradicional entre nosotros de profundas raíces. Los que procedemos de sectores humildes hemos experimentado cómo la comida en casa, por muy sencilla que sea, es expresión inequívoca de hospitalidad. Nuestras pastorales nos dicen que los más pobres entre los pobres aprecian y ofrecen hospitalidad en sus humildes casas.

También estamos conscientes de que en torno a la mesa el conflicto puede alcanzar unos tonos durísimos, reflejo y refuerzo de lo que está fuera de ese ámbito. Ante semejante situación, tenemos que op-

tar tercamente por permanecer en la mesa, exigiéndonos echar fuera lo mejor de nosotros mismos si queremos favorecer el diálogo y el acuerdo.

Por lo que se refiere a la eucaristía, son válidas las palabras *Dios mismo no puede separarnos ahora* (A. Camus, *La peste*). Jesús, en nombre de Dios, no legitima el orden establecido, sino que impulsa su cambio profundo, que permita la inclusión de los eternos excluidos. Él se acerca a todos, participando y haciendo participar de su mesa, porque está convencido de que en ella caben todos. En esto la comunidad cristiana sigue el ejemplo de Jesús, prefigurando un nuevo tipo de relaciones sociales. Tanto para Jesús como para la comunidad, la inclusión se convierte en una 'costumbre'. Para que nos convirtamos a esta costumbre, es necesaria la buena disposición de todos.

Con lo anterior buscamos una redefinición en la forma de valorar la realidad, y comprender su sentido profundo: tenemos que pensar más en el país, y menos en los intereses de la revolución y de la contrarrevolución.

Estar en gracia de Dios, en el contexto de este artículo, tiene que ver con el compromiso por una socialización de la hospitalidad a todos los niveles y sectores. Como institución religiosa, la Iglesia puede estar preocupada por mil pequeñas leyes, mientras descuida lo más importante, como son el amor a Dios y a todos, y la justicia fruto de la fe. Lo importante es que los hermanos y hermanas nos reunamos para comer juntos. Lo importante es que nos encontremos para renovar las alianzas rotas.

En la mesa y en el juego... se conoce al caballero

Al momento de escribir este artículo, el curso de los acontecimientos nacionales se ubicaba entre la firma del primer acuerdo de la MNA y los

atentados contra el consulado colombiano y la embajada de España. Estos eventos volvían a poner en entredicho la razón de ser de la MNA, y alejaban una vez más de nuestro horizonte salidas democráticas a la crisis que estamos padeciendo.

La mesa es nuestra primera escuela: ella nos enseña las cosas más importantes de la vida. En este sentido, y a contrapelo de dichos acontecimientos, queremos resaltar una serie de valores, nacidos en el seno de la mesa eucarística, que deberíamos tener presente de modo especial los cristianos y todos los venezolanos.

- Las salidas democráticas son las únicas que nos aseguran caminos de reconciliación, porque se constituyen en lugares comunes. La palabra y el diálogo, por ende, son algo de lo que no podemos prescindir.

- Actitudes interesadas, egoístas y excluyentes no tienen cabida en ninguna mesa. Al Dios misericordioso se llega en la medida en que buscamos la incorporación de todos, haciendo saltar los límites impuestos por la realidad actual. Dios no legitima dinámicas sociales que excluyen a los miembros de su pueblo.

- La reintegración es una propuesta contra la discriminación y el atrincheramiento. La eucaristía es un momento privilegiado para promover positivamente otros valores y otro orden en las relaciones. Una eucaristía que acoge a todos se convierte en un acontecimiento salvífico.

- Quien come a Jesús acepta ser transformado por su propuesta inclusiva, tal y como la ponen de manifiesto los Evangelios.

Quien come en la misma mesa de Jesús se une a él como el Señor de todo, y alarga con él su mano a todos los seres humanos, a todos los venezolanos.



Luis Ovando Hernández, S.J.

Teólogo. Miembro del Consejo de SIC